

## SE ALQUILA DEPARTAMENTO

No me gustó la cara del portero. Era seca y tenía un rictus raro.

Con desgano fue a buscar la llave del departamento que se alquilaba, mientras nos quedamos esperando en el palier del edificio. Tardó bastante en volver y vi que rengueaba.

Me extraño que se dirigiera a la única puerta que había en la planta baja, ya que en el diario había salido que se alquilaba un departamento en el cuarto piso con vista al mar. Le pregunté si se había equivocado pero no me respondió. Luego de buscar la llave en un voluminoso llavero, abrió la puerta dando un profundo suspiro. Pensé que estaría cansado de mostrar el departamento pues ya eran más de las seis de la tarde. Juan entró primero y yo sentí de pronto unos deseos locos de salir corriendo. Pero entré cuando vi que ellos desaparecían ignorándome, cosa muy rara en Juan.

Lo que vi era sobrecogedor, al mismo tiempo mi olfato era agredido por un olor antiguo, a casa cerrada. Le pregunte al portero cuanto tiempo hacía que estaba cerrado sin habitar, pero solo oí un murmullo. Desde la entrada, a la derecha y en penumbras, se veía el living de altísimos techos, con las paredes cubiertas por un empapelado gastado y antiguo lleno de florcitas rosadas. Del lado izquierdo había un largo corredor que terminaba en una puerta negra, estaba todo alfombrado de color rojo y en el medio había dos columnas decoradas con arabescos: no pude distinguir más cosas, pues las luces eran escasas y las ventanas tenían las persianas bajas. El portero parecía una estatua, dijo algo que no comprendí y comenzó a caminar, nos miramos con Juan y decidimos seguirlo, sin preguntas.

Juan apretaba cada vez más fuerte mi mano y su palidez iba en aumento. Yo por el contrario tenía la cara hirviendo y el corazón me latía como loco. ¿ Qué era todo esto ?. ¿Y ese olor indescifrable ?.

El portero seguía su recorrido como un autómatas, pero lleno de lamentos... Decidí abrir una puerta que me llamó la atención pues estaba ribeteada en dorado. Tuve que forzar a Juan a seguirme, pues no me soltaba. Era el baño principal. Pero ¡que baño! Tres veces más grande que cualquier baño. Tenía una fuente redonda en lugar de bañera. Los colores eran como los de todo el departamento, predominando siempre el violeta y el negro. Había una especie de dosel cayendo desde el techo alrededor de la fuente, con flecos dorados y colgantes negros.

Mis venas latían enloquecidas. Sentí de pronto que mi mano estaba mojada, pero era la mano de Juan bañada de sudor. Quise hablarle pero no salió ningún sonido de mi boca, aunque hubiera sido en vano pues los ojos de Juan nada veían.

Recordé al portero y salí corriendo con Juan a la rastra.

No estaba en la gran sala. Entramos a uno de los cuartos y lo llamé, pero nadie respondió, no se oían sus murmullos y además teníamos que andar lentamente pues había poca luz... Juan era un peso muerto y yo apenas podía caminar.

Cuando llegué a la gran sala de espejos, sentí a Juan en el borde de una de las fuentes, así, libre de él podía buscar al rengón o encontrar la salida. Comencé a caminar mientras me repetía que tenía que estar tranquila. Pero sentía cosas extrañas en mi cabeza aunque no podía ni mirar arriba.

De pronto sentí que mis piernas caminaban más rápido, como si tuvieran voluntad propia. Mi mano, por su cuenta abrió una puerta que daba al corredor de salida. ¡Gracias a Dios!

Pensé en Juan, al borde de la fuente, mirando todo sin ver, bañado en transpiración...entonces quise volver a buscarlo, pero mis pies no me respondían. ¿Adónde iba?

Con estupor miré como mi mano se detenía y tomaba el picaporte de plata, de la pequeña salita forrada de color violeta, la del aire acondicionado.

Se abrió la puerta y lo único que vi, fue una luz roja que antes no estaba. Como hipnotizada caminé hacia ella, mientras a mis espaldas la puerta se cerraba.

Alguien colocó algo sobre mi cabeza y sentí que me envolvía una sedosa capa...Mis ojos no se apartaban de la luz roja.

Cuando llegué a ella, quedé estupefacta pues debajo de la luz roja había un rostro moreno, que parecía sonreír. Tenía un turbante negro, con una enorme piedra violeta en el centro...Era un hombre de profundos ojos negros. Entre las cejas tenía una rara marca.

Pensé en Juan tan lejano. Pensé en nuestra idea de alquilar un departamento con vista al mar, pensé en el portero rengo y en el raro olor que ahora se había convertido en un exquisito perfume a jazmines.

Los ojos del hombre del turbante sabían lo que yo pensaba sentí que me dirigían, bajé los ojos y miré su boca. De ella salieron palabras en un idioma que no conocía pero entendí perfectamente.

Recién en ése instante sentí otras presencias. Nada pude ver, solo al hombre y la luz roja.

Yo estaba inmóvil. Y así continué un tiempo que pudo haber sido un minuto o mil horas.

Hasta que una mano fuerte, poderosa, se posó sobre mi frente mientras un voz profunda y milenaria me dijo: “Ya no precisas alquilar departamento, éste te pertenece, igual que a todos nosotros. ¡Bienvenida!”.

.....